

May la lechera

- Hola May, ¿qué nos traes hoy?
- ¡El pedido completo!, las vacas están rebosantes, ¡debe de ser el clima!

A Mayorie no le pasó inadvertida la tensa mirada del joven hijo de los Hayden, sabía cuando se agachó para dejar los delicados tarros de leche recién ordeñada que aquellos ojos habían divisado más de lo que era debido en la época.

Era extraño, por una parte, le halagaba y le excitaba imaginarse a cada ser disfrutando de sus atributos, no entendía por qué Dios la había creado con unas curvas tan beligerantes si aquello que deseaba hacer con ellas haría que fuera castigada por Él.

Un castigo divino que la ponía a prueba con frecuencia, hubo momentos en que su pecadora carne sucumbió a los placeres prohibidos, recordaba dos tardes antes cuando el hijo del cabrero cayó seducido ante sus encantos naturales, era una cochina e iría al infierno, se castigaba por las noches una y otra vez con sus dedos hasta caer dormida mientras las lágrimas se agolpaban mezcladas con su

sudor, ¿cómo algo tan celestial la había llevado directamente a las puertas del infierno?

Temía por los rumores, la gente en su aldea era malvada, huérfana desde que podía hablar, había salido adelante gracias al duro trabajo y al sufrimiento diario. Menos mal que su tía, una bendita, siempre había cuidado de ella, ahora muy mayor Mayorie la cuidaba con dulzura y esmero, no salía de casa y eso era un alivio ya que las habladurías sobre su castidad eran cada vez más frecuentes entre los grupos de tertulianos.

Aquella tarde, el hijo mayor de los Hayden, Josh, fue a por leche, sus padres necesitaban un extra para hacer la hornada de pasteles para la festividad de la comarca.

Ordeñaba tranquila, sentada a horcajadas sobre una incómoda banqueta sacaba la leche a la que sería la última vaca de su jornada.

No oyó al chico acercarse, cuando se percató de su presencia era tarde, Josh ya le rozaba su cuello con sus gruesos labios que recorrían la fina piel deritiéndola a su paso. Sus manos se posaron con ansia bajo sus grandes pechos meciéndolos, sucumbió, no le hacía falta volverse para ver al dueño de aquellas caricias, sabía con certeza que eran de su mejor amante.

La castigaba mordisqueándole la nuca por detrás, apartó la fina camisa de tela hacia un lado dejando el fino hombro al descubierto, aquella boca no se empachaba, recorría su piel mientras sutilmente la tela resbalaba, May sentía su dura punta sujetar lo que le quedaba de decencia impidiendo que el ropaje cayera arrugado sobre su ombligo, le dolía, estaba tan excitada que necesitaba de aquella boca y su frescor, anhelaba el momento en que culminara con su postre, las manos de Josh jugaban por otro lado, ella pensó que subirían a acariciar lo que sujetaban, pero solo una quedó amasando aquella redondez, apartando la tela con delicadeza del saliente que la sujetaba, rozando deliciosamente su carne, algo por lo que su Dios la castigaría; mientras, las callosidades palmares de su amante avanzaban para acabar jugueteando bajo su enagua...

Con habilidad, el muchacho, había alcanzado aquello por lo que en sus solitarias noches lloraba, sentía algo diferente, un placer que quería explotar, pero al igual que la mecha de la dinamita ha de consumirse, las paredes de May tenían que cerrarse más, se sentía mareada, la sangre se concentraba alrededor de los dedos de Josh, no sabía cuántos había dentro y cuál era el que jugaba fuera, pero si su boca llegaba al destino que ella le ofrecía, explotaría.

Abrió los ojos en una fina línea y ahí estaba él, a punto de succionar su dura punta que palpitaba de ansia,

— Por favor...

Con un movimiento experto, profundizó dentro de ella a la vez que la traviesa lengua mojaba y aquellos labios apretaban, el caliente líquido salió disparado escurriéndose por los grandes dedos de su amante, la cabeza dejó de flagelarla, él sabía que era el momento, la agarró por la cintura, la irguió girándola, apoyándole las palmas de las manos en la pequeña silla.

Rodeándola con su brazo por la cintura, la ayudaba a sostenerse, las piernas le flaqueaban. Apoyando el forjado torso contra su espalda, la dura y caliente punta intentaba abrirse hueco para entrar en ella, rebosaba fluido, pero no pudo al primer intento, la excitación cerraba su abertura, May esperaba que se ayudara de sus grandes dedos para facilitar el paso, pero sin aviso ni tanteos entró, la fuerza del enviste era casi maníaca, sus costillas se clavaban en el portentoso antebrazo. Mientras, los gemidos de ella se ahogaban en los de él que no paraba, sus dedos aferraban con fuerza la prieta carne de la lechera que pedía más a sabiendas que aquel tronco hinchado que sentía no tardaría en explotar, podía sentir la incesante palpitación que le suplicaba que lo dejara ir. Josh sudaba mientras May pensaba que aquel hombre no se cansaba nunca. Presa de la excitación, cuando la mecha de ella casi volvía a terminarse para quemarla en su interior, él aceleró el ritmo haciendo que los dos murieran de placer ante la mirada inquieta de las vacas.

FIN